

A C A N T I L A D O

Josep Maria Esquirol

Humano, más humano

Una antropología de la herida infinita



JOSEP MARIA ESQUIROL

HUMANO,
MÁS HUMANO

UNA ANTROPOLOGÍA
DE LA HERIDA INFINITA



ACANTILADO
BARCELONA 2021

CONTENIDO

- I. Víveres conceptuales
- II. ¿Cómo te llamas? (El nombre)
- III. ¿De dónde vienes?
- IV. ¿Qué te pasa? (Capaz de mucho, pero...)
- V. Herido, en el centro más profundo del alma
- VI. Gravedad y curvatura poiética
- VII. Vibraciones: silencio, palabra, canto
- VIII. Humana dulzura, inhumana frialdad
- IX. Bajo el cielo azul, sobre la tierra plana
- X. Día a día, y alguna noche oscura
- XI. Esperanza sin lujo
- XII. Líneas telegráficas

*A mi madre, que me cuidó desde el principio.
A mi padre, que me amparó hasta el final.*

I
VÍVERES CONCEPTUALES

Se necesita poco para vivir. Pan y canto.

Cantamos para celebrar, y cantamos, también, para no tener miedo: para celebrar las cosas de la vida, y para no tener tanto miedo de la muerte. De ahí que la esencia de la palabra sea el canto y que en toda palabra valiosa palpite, o bien la celebración, o bien el amparo. O bien el susurro de palabras dulces que cuidan y amparan, o bien el canto de fiesta. Canto que cura y canto que enaltece la belleza del mundo.

El canto acompaña las palabras de los poetas, y también las de los grandes pensadores. Pero, nada tiene de elitista, pues resuena, tanto o más aun, en las palabras de la buena gente. *Decir—y hacer—*algo bien: he aquí la continuación del canto. A veces silencioso, y a veces bajo formas discretas imprevisibles, el canto—la palabra que vibra—nos hace de cobijo y de cielo.

Los cantos de ronda eran versiones de canciones populares que solían repetirse por las calles de los pueblos. Cuenta Nietzsche hacia el final de su magna obra que Zaratustra pide a los hombres superiores que entonen con él un canto de ronda; un canto que resume parte de su doctrina, de su buena nueva, de su evangelio. Se trata de *la canción del noctámbulo*, cuyo tema es la *profundidad* del mundo: «El mundo es profundo, | y más profundo de lo que el día ha pensado». Pocos años después, cuando Nietzsche ya había perdido la cabeza, Gustav Mahler, en su *Tercera sinfonía*, pondrá los versos de Zaratustra en la voz de una contralto, con unas notas patéticas y sobrecogedoras.

¡Cuán profundo es el mundo! Pero ¿cuál es el carácter de esta hondura?; ¿de veras se presiente en ella una especie de eterno retorno?

El mundo es muy profundo, sí, pero no sufre por nosotros. La profundidad de lo humano, en cambio, reside en el sufrimiento: por todo y por todos, y

cuando más vivamente vibra no es por el eterno retorno, sino por el *reencuentro*.

El nietzscheano canto de ronda me hizo pensar en otra modalidad de palabra pública: la de los antiguos pregones, anunciados con el inconfundible sonido del cornetín. Antiguamente, en cada pueblo solía haber un pregonero encargado de comunicar a los vecinos diferentes tipos de noticias, algunas valiosas para la comunidad y otras sólo provechosas para el alcalde y los terratenientes de siempre. El pregón iba repitiéndose por las calles para que, desde los portales y las ventanas, todos los vecinos pudieran escucharlo. ¿Y si de los innumerables pregones pronunciados por aquí y por allá hubo uno que un día procuró resumir una filosofía? Casi puedo imaginar—porque algo hay de cierto—al pregonero de un pueblo en la región italiana del Véneto, hacia finales del siglo XIX; un pregonero que también trabajaba como hortelano, y de quien se decía que, al caer la tarde, solía leer libros. Sus pregones eran muy peculiares y casi nunca terminaban de entenderse del todo, pero, quién sabe si justamente éste era el motivo por el cual los vecinos tanto los esperaban. Sin extenderse demasiado, añadía a lo que le habían encargado que difundiera otras cosas de cosecha propia. De sobras sabía que, para que la gente atendiera y lo siguiese, convenía pronunciar en tono alto frases cortas separadas por largas pausas. Y también sabía que convenía repetir algunas partes, sobre todo las del principio, para la gente que, como los ancianos que caminan poco a poco, tarda un rato hasta poder asomarse. En letra minúscula, anotaba todos los pregones en una libreta, a veces con un título y a veces únicamente con la fecha. Las pausas, las indicaba con un guioncito, imitando los telegramas, frecuentes en aquel entonces. Una vez, pronunció un pregón todavía más extraño de lo habitual, con el que se refería a un pregonero como él. Llevaba por título: «Pregón filosófico de la mañana», y decía así:

nada era necesario – nada, debido – ni tú, ni cielo – ni yo, ni mundo – ni día, ni noche – pero despuntó el alba – y un día, tiempo después – el sereno cantó las seis – el farolero apagó las luces – y, a media mañana, el pregonero hizo saber – que la vida tiene forma de arco – como la bóveda del cielo azul – con una sábana y un nombre – una niña ha venido al mundo – cada día, sobre la tierra plana – se alzan cabañas con maderas de entoldado – y se curva la línea de las palabras – para bendecir el gusto de cada cosa – y consolar el dolor de cada mirada – nada era debido – ni tú, ni cielo – ni yo, ni mundo – ni día, ni noche –

Del diálogo ininterrumpido con Nietzsche, también ha surgido el título de este libro; un título que expresa el horizonte filosófico merecedor de todos nuestros esfuerzos. Algo muy sencillo de expresar: ¡ojalá el humano fuera todavía más humano! Ser humano no significa ir más allá de lo humano, sino intensificar lo humano, profundizar en lo más humano: ahí está lo más valioso.

En cambio, Nietzsche considera que la anomalía humana debe ser *superada*; se queja y se entristece por la poca fuerza del hombre. Este motivo es, en realidad, un tópico muy antiguo, que recalca nuestra excesiva debilidad. Sin embargo, vale la pena preguntarse si la debilidad siempre es una manifestación de bajeza. ¿Y si, ya inmediatamente, Abraham se hubiera mostrado incapaz de aceptar la orden divina de matar a su hijo? ¿Poca fe, o demasiada humanidad? Me parecen muy expresivos los versos que Luigi Groto, dramaturgo italiano del Renacimiento, escribe en una versión teatral del drama bíblico. En ellos, Abraham se lamenta de su trágica situación y de la debilidad que siente de esta manera: «¡Ay!, demasiado afeminado; ¡ay! demasiado humano...».¹ ¡Justo eso! Ser demasiado humano se hace coincidir aquí con ser demasiado débil, y demasiado afeminado—es decir, literalmente, con ser demasiado femenino—. Ante la terrible—¡e *inhumana!*—orden divina de sacrificar a su hijo, Abraham se pregunta, perplejo y angustiado, qué tiene que hacer. Se siente desolado, se compadece y, espontáneamente, atribuye su debilidad al hecho de ser *humano, demasiado humano*.

Tanto la idea como la literalidad de la frase de Groto habrían podido inspirar perfectamente—quién sabe si fue así—el título del libro de Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, de la misma manera que también ahora han ayudado a inspirar el mío: *humano, más humano*, que ya no tiene nada de queja ni de desdén, sino todo lo contrario. ¿Qué puede haber de más humano que una debilidad semejante? He aquí la tesis de este libro.

Además del diálogo con Nietzsche, el título—*Humano, más humano*—expresa también la réplica a una de las evasiones ideológicas de nuestra época: la del transhumanismo, con sus golosas promesas de un *más allá* de lo humano. Obviamente, no me refiero a la cuestión de lo que seremos capaces de conseguir con las innovaciones biotecnológicas, sino al discurso ideológico que las acompaña y las adorna. ¡Qué paradoja más triste: aspirar a y confiar en llegar más allá de lo humano y *quedarnos cortos en humanidad!* Es decir,

perdernos, y no advertir que el horizonte más importante no se encuentra más allá—más lejos—, sino más adentro.

Todo el mundo sabe por propia experiencia que, poco o mucho, las personas podemos equivocarnos. Pero también las civilizaciones se equivocan, y no hace falta recurrir a ejemplos antiguos: la nuestra hace tiempo que ha perdido el norte—o tal vez nunca ha conseguido seguirlo muy bien—. Desde hace un par de siglos vivimos bajo la insistente retórica del progreso y, sin embargo, las víctimas no han dejado de amontonarse escandalosamente en las cunetas. El siglo XX ha mostrado que lo peor—la barbarie más extrema en forma de violencia totalitaria—es aún más posible—y más probable—de lo que nunca había sido. El gobierno del mundo continúa demasiado lleno de banalidad y de intereses particulares. Y, entre todos nosotros, tras haber tratado la tierra como almacén de recursos, éstos ya casi los hemos agotado y aquélla la hemos degradado a depósito de desechos. Mientras tanto, la transformación tecnológica de la sociedad, en complicidad con el consumismo, actúa sobre nosotros a modo de narcótico y amenaza secretamente con arrojar todo por el despeñadero.

Para hallar el norte y seguirlo, serían necesarios cambios tan radicales como improbables. Pero nunca hay que desistir, sino al contrario, conviene resistir desde el propio rincón. Tal vez sólo sea posible una contribución modesta, pero todo cuenta. Así, por ejemplo, en momentos de gran desorientación, urge el esfuerzo por centrarse en lo más nuclear, y por obrar bien.

Dado que, a pesar de la proliferación de teorías de todo tipo, la comprensión de nosotros mismos nunca había sido tan escasa, para hallar el norte podría ayudarnos entrever que el humano, de raíz, está más vinculado con la responsabilidad radical que con el poder; que una civilización más humana lleva a hacer del mundo una casa más que a salir de casa para dominar el mundo; que una cultura más humana no es una cultura miedosa ni nihilista sino la que sabe que no hay fuerza más intensa que la que se conjuga con el sentido. En la debilidad, en lo humano, en la vulnerabilidad... en este *demasiado* que, en verdad, es un *más*, late el pulso de la verdad.

La forma ensayística de escritura tiene algunas ventajas pero, naturalmente, no está exenta de ciertas limitaciones. Los libros de filosofía que antaño acostumbraban a publicarse en forma de tratado exhibían, ya en el índice, su estructura conceptual. En el ensayo, la *constelación conceptual*, aunque pueda encontrarse, casi nunca es tan explícita. Cada concepto es una estrella de la constelación. Y no todos los puntos tienen ni el mismo diámetro ni la misma luminosidad, pero todos son igualmente imprescindibles para formar la figura de conjunto.

Con la filosofía de la proximidad procuro pensar la radicalidad de lo humano y elaborar, dicho en términos más académicos, una *antropología filosófica*, cuyos principales conceptos serían los siguientes: *alguien*, que es el pronombre del humano; *intemperie*, que indica la situación fundamental; *repliegue del sentir y herida infinita*, que expresan la esencia de la vida humana; *curvatura poética*, que perfila el sentido de la acción; y *reencuentro*, que indica el horizonte de toda espera. A la constelación principal se añaden otros puntos rutilantes igualmente significativos: *inicio*, *amparo*, *afueras*, *resistencia*, *juntura*, *canto*, *compañía...*

Debería poder explicar cómo, cada día, bajo el cielo azul y sobre la tierra plana, *alguien* recibe el nombre y siente la herida infinita que lo constituye. Pero avanzo, ya desde ahora, que aquí *herida infinita* no tiene nada que ver con el dolorismo ni con ningún tipo de apología del sufrimiento entendido como medio para conseguir algo. *Herida infinita* es el término que, finalmente, veo más apropiado para expresar la incisión, profundísima y en forma de cruz apaisada, que nos llega hasta el centro del alma—o, mejor dicho, que genera nuestra alma—. De tal modo que vivir es, en el mejor de los casos, *estar cerca* de esta herida y *obrar* a partir de su vibración.

El camino del pensar es muy especial. Algunos han querido o quieren todavía recorrerlo mirando desde una supuesta cima o desde una especie de púlpito especular y especulativo. Pero, entonces, el trayecto es ficticio, porque ni siquiera se tienen los pies en el suelo; se exhibe una *visión panorámica* que, en realidad, ignora la gravedad y la ligereza de cada paso. A veces, la visión panorámica se compagina con una *dialéctica* consistente en entender que todas las etapas del camino representado están hechas de oposiciones cuya resolución produce el progreso.

Hay, sin embargo, otra posibilidad. No reflejar—no especular—, sino *reflexionar*. No pretender hacer de espejo, sino de peregrino atento. Caminar despacio, sin ignorar los obstáculos, las dificultades y las luchas que de ninguna manera pueden ni deben evitarse. Caminar prestando atención a los márgenes, al color de la tierra y a la forma de los árboles, pero, sobre todo, a las solicitudes de los compañeros de viaje. A diferencia de la visión panorámica, la mirada reflexiva y atenta no busca una explicación global, más bien procura *desexplicar*, para acercarse a la significación de las cosas. Hoy, cuando una multitud de teorías y de verbosidad son como la broza que crece por doquier, desexplicar es desbrozar; acción necesaria para *clarificar* y *abrir paso*. Por muy extraño que parezca, sin desexplicar no es posible entender nada de lo que realmente importa. Clarificar equivale a cortar la maleza para que entre así la luz. La confusión es homogénea. Desexplicar clarifica y, a la vez, distingue, es decir, descubre la diferencia. Y es entonces cuando, con la diferencia, se puede generar—poéticamente—. Antonio Machado decía que el pensamiento poético es heterogeneizador. El clarificar—y el diferenciar—coincide con el no saber socrático; un no saber—reflexivo—que genera, o ayuda a generar, a modo de comadrona.

Clarificar, pues, para abrir camino, notando y anotando la diferencia. Pero también aquí hay que estar alerta. Conviene distinguir sin que la distinción termine en esquizofrenia. Distinguir, sí, pero no disociar ni contraponer más de la cuenta, sino, más bien, distinguir para *juntar*: cielo y tierra, día y noche, liviandad y gravedad, acción y esperanza... De esta manera, la filosofía de la proximidad, al mismo tiempo que vela para no permanecer en la confusión ni precipitarse en la separación patológica, se implica de lleno en la *articulación* y en la *juntura*.

Reconocer las juntas en que somos da fuerza para crear otras nuevas. El pensamiento como creación simbólica es junta poética. Sobre las juntas en que nos encontramos, cabe crear otras, a modo de plusvalía; *plusvalía creativa*, podría decirse.

Lo angustioso y esquizofrénico es la tierra sin relación con el cielo, o el cielo sin relación con la tierra. El horizonte, que tanto nos calma, es relacional. Nos salvan las relaciones. El horror está en los elementos totalizados: en el vacío del cielo, en la densa oscuridad de la tierra... La relación es ya algo concreto, y las cosas son cosas en lo concreto de la relación. Cuando en un ejercicio artístico se priva a la cosa de sus relaciones, es como si deviniese deforme y monstruosa,

recordándonos el rumor del abismo. En cambio, reconocer las juntas es ya orientarse y ser capaz de generar otras.

El camino del pensamiento no recorre grandes extensiones. No pretende ir muy lejos, sino un poco hacia adentro. Y, en consecuencia, reflexiona sobre lo mismo, repite la misma canción, y mantiene el mismo horizonte.

No es un camino de quietud, sino de perseverancia. Por eso a menudo recuerdo con una sonrisa la tan jugosa anécdota sobre Sócrates contada por Jenofonte: después de una larga estancia en el extranjero, un conocido sofista llamado Hipias vuelve a Atenas y, un día, viendo a Sócrates dialogar con sus discípulos se dirige a él desde cierta distancia en un tono algo burlón de esta manera:

—¿Todavía sigues diciendo, Sócrates, las mismas cosas que te oí decir hace mucho tiempo?

Y Sócrates le respondió:

—Sí, Hipias, y, lo que es más sorprendente todavía, no sólo digo las mismas cosas siempre, sino que sigo hablando de los mismos tópicos. En cambio tú, como eres un erudito, nunca dices lo mismo sobre los mismos temas.

—Descuida, siempre intento decir cosas nuevas.²

El cuidado pide repetición. Mientras que cierto intelectualismo busca sólo la novedad, el corazón quiere, sobre todo, repetir. Y lo herido es el corazón. Por eso es tan aconsejable seguir a los sabios que, como Sócrates, saben repetir, antes que a los sofistas, que sólo buscan deslumbrar con sus presuntas innovaciones. Encaminados, pues, a repetir, porque no somos nosotros los que hacemos las preguntas sino las preguntas las que nos alcanzan y, al dejarnos tocados, nos hacen a nosotros.

Desexplicar y luego repetir el movimiento de ida hacia lo profundo es el camino y el mantra del pensamiento. Pero tal repetición no deja las cosas como estaban, porque quien repite se transforma y se convierte en *testimonio* para los demás. Desde Lastenia, discípula de Platón, hasta Margarita, hermana de la caridad, quien hace que el pensar transforme su vida es una persona espiritual, sin ostentación. Alguien que se levanta por la mañana, trabaja, cuida a los suyos, se distrae... Pero casi en todo lo que hace se percibe un aire diferente, se

vislumbra algo especial, raro. Además, a la persona espiritual no le irrita el sentido común, ni denuncia como inauténtica la vida de los demás, que es como la suya. Vive la normalidad, pero ya está en la excepcionalidad. Vive el día, pero en relación con la noche. Mantiene un combate intenso, discreto, no violento. Combate en que no se espera ni vencer, ni convencer. No hay adversario a batir. Combate que no desea la victoria, porque un alma victoriosa es casi una contradicción. El combate tiene la forma de camino, de construcción y de espera.

Martillo, clavos y cuezo. Desexplicar para después volver a decir, pero de otra manera. Una filosofía magra no significa una filosofía dedicada sólo, ni principalmente, a demoler. Su energía no está destinada únicamente a la crítica escéptica, sino a encontrar razones para confiar un poco y, así, poder hacer algo bien. Es decir, *no sólo filosofía a martillazos*. Tras el martillo solo es preciso el martillo con los clavos, para unir maderas, encolarlas y levantar entoldados. Tras el martillo solo, también hace falta el cuezo, para amasar cemento y construir puentes.

Filosofía sin lujo. Sólo con los víveres imprescindibles. Pocos, porque el lujo nunca es buena cosa. Y a buen seguro, la paciencia del pensamiento no se aviene con él. El pensar sólo necesita calidez en el campo base. Pero nada de opulencia ni de despilfarro. Filosofía sin lujo, porque las sobredosis discursivas son siempre inconvenientes, ridículas o peligrosas. Tener un poco de confianza, a veces, es mejor que tener, superficial o dogmáticamente, mucha. Pero sin nada no es posible vivir. La distancia que hay entre nada y algo es enorme. La esperanza filosófica va de un poco de sentido a un poco más—aunque este segundo poco es, en cierto modo, infinito, otro.

Visto con un poco de perspectiva, que a menudo la filosofía haya ido asociada a cierta vida acomodada y al ocio no la ha beneficiado. Está claro que la reflexión pide tiempo, y paciencia, y tener cubiertas las necesidades más básicas. Pero el lujo y la opulencia no la favorecen; no la favorecen ni como circunstancias externas, ni como invitación a proseguir, ella misma, en esta dirección. La filosofía debe ser intrínsecamente pobre. La lujosa es demasiado obesa o demasiado fría o demasiado pretenciosa o demasiado aparentemente

cínica. Hay filosofías «aristocráticas» que no muestran ningún tipo de compasión; filosofías academicistas que no vibran—ni viven—por nada; filosofías voraces que, en lugar de señalar el infinito o bien lo ignoran o bien presumen de habérselo tragado; filosofías al servicio de dogmas y de ideologías... ¿son, de verdad, filosofías?

Una filosofía sin lujo sabe, básicamente, dos cosas. Primera: que poco es mucho. Segunda: que debe estar al servicio del actuar y del orientarse. Que la reflexión sobre la vida debe intensificar la vida. Y que la reflexión sobre el mal debe contribuir a combatirlo. Que la buena teoría debe ser, en sí misma, gesto y acción.

Conspiración del desierto. La filosofía de la proximidad, voluntaria heredera del socratismo y postulante franciscana, es una filosofía del nosotros, del ayuntamiento horizontal, del que sólo se autoexcluyen todos los que denotan algún tipo de altivez. Ensanchar la conspiración del desierto es ir extendiendo una misma inspiración y una misma aspiración: vivir juntos en la fraternidad, con pan y canto o, lo que viene a ser lo mismo, con casa y ventana abierta al cielo.

II
¿CÓMO TE LLAMAS?
(EL NOMBRE)

NOMBRAR A ALGUIEN

No sólo el primer día, sino también al día siguiente, y al día siguiente del día siguiente, hay muchas situaciones en las que la desnudez del rostro humano lleva a que, de la intemperie y del abismo, que están ahí, tengamos que protegernos, a veces, por ejemplo, tras tabloncillos atados con cuerdas. El nombre que nos damos se aviene con la desnudez misteriosa del rostro y se convierte, al mismo tiempo, en recordatorio de esta contención abismal; en recordatorio y en manera de volver a estrechar el lazo que a menudo se afloja.

¿Cuál es el nombre del humano? El nombre de la especie cuenta poco, pues cada persona es un mundo. El humano no tiene nombre de especie que diga qué es. «No sé lo que soy, no soy lo que sé»,³ escribía Silesius. En cualquier caso, si se manejan denominaciones genéricas, tales como *homo sapiens*, deben quedar en un segundo plano.

Cada persona es *alguien*. No responde tanto a la pregunta ¿qué es? como a la pregunta ¿quién es?

Alguien, alguien *otro*, otro *uno*.⁴

Alguien es un simple pronombre, que cabe hacer equivalente a *persona*, *individuo*, *sujeto*... e, incluso, al *Dasein* heideggeriano, porque incluye el aquí y la facticidad. Si se dice: «hay alguien», enseguida viene: «¿dónde?». Y, sobre todo, lo que enseguida viene es: «¿quién?». Y entonces, espontáneamente, respondemos con la aparente sencillez del nombre: «Alguien». «¿Quién?». «Ana».

No hay una humanidad que camina. No hay un pensamiento que piensa. No hay un amor que ama. No hay una lengua que habla. Están Ana y Juan, que caminan y que aman y que piensan y que hablan.

¿Cuál es, pues, el nombre del humano? Valga la redundancia, el nombre del humano es su nombre; el nombre propio; el nombre de pila. No hay mejor revelación del humano que la del nombre. Por eso, no querer dar nombre a un

niño constituiría una forma extrema de violencia. O, en la misma dirección, si se arrebatara el nombre a la persona ya adulta para, de este modo, anonadarla (reducirla a la nada), como ya pasó en los campos de concentración nazis y estalinistas, y en tantos otros lugares de pura inhumanidad.

El nombre es indicativo de algo tan precioso que, por si acaso, debe existir uno secreto. Un nombre secreto que, en situación extrema, pueda hacernos de último refugio y salvarnos de cualquier *maldición* y de cualquier *ignominia*.

Pero que la pista sea el nombre no debe confundirnos. Lo que verdaderamente nos interpela no es una categoría gramatical, sino el hecho de que alguien, en tanto que alguien, merezca nombre. Así pues, el nombre es sólo *la pista* que apunta hacia lo que verdaderamente importa: la profundidad de lo humano.

Una mirada que te reconoce es ya una mirada que dice el nombre. El nombre es, antes, pronombre. Y el pronombre es, antes, mirada. Por eso resulta imposible rastrearlo hasta el final. Hablo de nombre propio pensando en la acción consistente en llamar a alguien por el nombre, en dirigirse a alguien con el nombre, con un pronombre, con un diminutivo, con un gesto o con una mirada.

Aunque hay nombres propios que no son de personas—los topónimos, por ejemplo—, aquí, cuando hablo de nombre propio, me refiero a los antropónimos. Pero, como decía ahora mismo, no hay que fijarse mucho en la forma objetivada del lenguaje, sino en qué ocurre cuando, por ejemplo, un sustantivo como *luna*, *violeta*, o *alba*, al utilizarse para llamar a alguien, se convierte inmediatamente no sólo en antropónimo, sino en nombre propio. Tanta es la fuerza del rostro personal que todo lo común se muda en propio al dirigirse a él. En tal situación no sólo sobran los apellidos, sino incluso la misma forma lingüística del nombre.

Evidentemente, *todo puede degenerar*. El nombre sólo es *propia*mente nombre cuando se pronuncia con tacto dirigiéndose a alguien. No cuando lo parece, o cuando sólo es una forma de respeto superficial. Lo importante es la manera con la que el nombre va hacia el rostro casi invisible, y cómo ese rostro casi invisible expresa silenciosamente el nombre. Este movimiento bidireccional es la base de la compañía y de la comunidad.

Que todo puede degenerar significa, también, que alguien puede afirmarse—y firmar—más de la cuenta, reiterando y acentuando su nombre todo el rato y

en todas partes. Entonces, puede ocurrir que una expectante mirada filosófica vea oportuno convertir la degeneración en diana de incisivos dardos críticos.

NOMBRE SIN PROPIEDAD

En efecto, es obvio que el tema del nombre puede derivarse hacia la lógica de la propiedad y de la autoría. Derrida lo ha hecho con lucidez, justo para, después, poderlo criticar duramente.⁵ Quiere mostrar a sus lectores los peligros inherentes al hecho de subrayar en exceso la autoría y la firma. Y lleva razón, porque la hipertrofia del nombre propio refleja egolatría, afán de dominio, engreimiento y una visión del mundo bajo el prisma del poder.

Entonces sí, como reacción, conviene no sólo la alabanza de la humildad, sino de la autoría del nosotros, de la obra colectiva y, más aún, del anonimato. Por supuesto, la necesidad de estas correcciones no sólo se daría ante las desmesuras individualistas de la sociedad actual, sino que es muy antigua, y conecta con las valiosas ascesis de desprendimiento de uno mismo. Los cartujos, por ejemplo, no firman con su nombre: es tal el despojo al que aspiran, y pesa tanto el egoísmo del que quieren liberarse, que tratan de desprenderse *incluso* del nombre.

Dicho lo cual, creo, sin embargo, que colocar el nombre bajo la etiqueta de la propiedad y de la autoría, lo convierte en una diana demasiado fácil, y desvía la atención de lo más esencial, que no es sino la designación sencilla de alguien. De modo que, incluso para resituar bien el problema de la propiedad y de la autoría, habría que darse cuenta de que la alternativa al egocentrismo no pasa sólo por el anonimato o por el nombre colectivo, sino que pasa, sobre todo, por *decir el nombre sencillamente*. Más allá o más acá de las escrituras de propiedad y de las pretensiones de soberanía, irradia la sencillez del nombre.

Le preguntan: «¿Cómo te llamas?». Y responde: «Me *llamo* Ana, *soy* Ana».

En las antípodas del nombre no está el anonimato, sino la impersonalidad.

EL NOMBRE QUE TE LLEGA

El nombre que se te da es merecido sin haber hecho nada. Merecido porque el rostro es expresión del inicio y anticipación de la honda herida. Como pronto

veremos, dar el nombre es reconocer un inicio absoluto. Se da nombre a quien viene por primera vez, a quien se estrena. Por relevantes que sean, todas las herencias son secundarias; todas, sin excepción: las biológicas, las culturales, las familiares, las «freudianas»...

El nombre propio indica la *singularidad* de la persona; corresponde al acontecimiento del nacer, y al acto sacramental del bautismo. Que esta celebración religiosa, en la que se recibe el agua de la pila bautismal, se practique hoy cada vez menos, no significa que no existan una serie de acciones que, sumadas, tengan mucho que ver con ella: cuando los padres eligen el nombre; cuando se lo comunican a las personas más cercanas; cuando, con ese nombre, se dirigen por primera vez al que debe llegar o a quien ya ha llegado... El bautismo—o lo que lo sustituya—es una ceremonia en la que se da nombre a alguien que ya tiene nombre—secreto—. Se confirma y reconoce públicamente el nombre de quien tiene nombre.

Quien viene a la vida, viene por primera vez. Limpio. No hay culpas ni pecados que se arrastren. El agua no necesariamente ha de significar la acción de lavar; también puede significar la pureza de principio, la inocencia, así como la relativización de las citadas herencias. Entender que el nombre propio lo es de verdad supone superar todas las leyes, todas las cadenas. Fíjense en lo sencillo que es: llamas a Ana, y todos los determinismos se van al traste.

Más aún: como sea que termine todo, cada situación humana, por el hecho de serlo, es ya una cierta victoria contra lo irremisible del mal, de la violencia y de la oscuridad. En cada situación, en cada acontecimiento, late la infinitud de la vida personal. El inicio, por precario y maltratado que luego sea, es ya un inicio imborrable. La esperanza que podamos albergar se debe siempre a este inicio; de ahí que mantener el nombre sea mantener la esperanza.

El nombre es tan merecido que por eso existe uno secreto. Aun así, humanamente, el nombre se recibe. Los otros te lo dan como si fuera la primera casa, cálida, inocente, franca. Recibir el nombre es recibir el primer amparo, y la primera cura. Recibir el nombre es una bendición: la primera y más importante cosa bien dicha que te llega.

Hallarte y sentirte llamado revela la situación fundamental: en la intemperie, están los otros, que te dan nombre y que te llamarán por el nombre toda la vida. Ser inicio va junto con el hecho de que la primera palabra venga del otro. El solipsismo y el peligro de una subjetividad que se enredaría fatalmente en sí misma, están descartados de antemano, por el nombre que nos viene dado.

Recibes la vida sin estar. Bueno, ni eso: no recibes nada, precisamente porque no estabas. Aparece un rostro humano, que desde entonces recibirás. El allí (del tú) es más primordial que el aquí (del yo). Estructura básica para entender lo más importante de nuestra situación. Recibo el nombre, es decir, *escucho* mi nombre, y entonces yo mismo me lo doy: «yo». El recibimiento del nombre es don y vocación, interpelación. De modo que mi madurez no vendrá sino en forma de respuesta. Ésta es la secuencia: recibo, y me llaman, y respondo.

Porque recibo y me llaman, hablo; porque me siento llamado y mirado (reconocido y considerado), respondo. Ahora bien, escuchar y hablar sólo es posible en confianza. La palabra recibida nos hace oyentes, seguidores. Sólo con el encuentro y la palabra que se escucha, el ser humano llegará a ser creativo. Sólo con el encuentro y la palabra que se escucha, habrá sentido.

Recibir el nombre es el inicio de la vocación. Me hace responsable antes de ser todavía capaz. La escucha de la demanda se irá dando con el tiempo, y también con el tiempo se irá respondiendo. En realidad, la demanda—que surge de la herida infinita—es fácil de resumir: no matarás, sino más bien al contrario, harás compañía.

EL NOMBRE, SELLO DEL ABISMO

Si existe Dios, seguro que es él quien nos da el nombre secreto y quien, al mismo tiempo, escucha y se complace en la donación humana del nombre.

El nombre de pila del más desgraciado de los mortales, en el mismo momento de abrir los ojos—o incluso, habiéndolos mantenido cerrados para siempre—, ya ha llegado al oído de Dios.

Para Dios, y también para nosotros, no hay palabra más primordial que la del nombre. Y por eso, más que las *verdades eternas* (es decir, las supuestas leyes necesarias y universales), son los nombres, protagonistas de los acontecimientos y de las experiencias de la vida humana, los únicos rastros del itinerario hacia lo divino. El Reino de Dios tiene que ver con este ámbito de la vocación nominal y de las relaciones humanas. Aquí reside la *veritas*. Una cosa son las verdades lógicas y otra, por encima, la verdad de la vida, de las situaciones que ocurren y de los rostros personales que tienen y llevan nombre.

Dado que, tarde o temprano, todo va hacia el nombre propio, es como si hubiera un primer nombre, o uno último. *Dios* no es sino este primer y último

nombre. Por eso el nombre de Dios no es ninguna arbitrariedad. Cabe entenderlo como la palabra más primordial que nos abriga. Se da para la demora, y para contener a cierta distancia las fuerzas aniquiladoras. Sin embargo, nada ha de establecerse dogmáticamente. Dios no es una palabra que aquí se quiera ni imponer ni presuponer. Como muestra de esta discreción y de la posición desde la que hablo, me ha parecido oportuno traer a cuento y matizar cierto diálogo filosófico contemporáneo. El libro del Apocalipsis narra, ya hacia el final, las siete visiones. Una de ellas dice: «Luego vi a un Ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena. Dominó al Dragón, la Serpiente antigua—que es el Diablo y Satanás—, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos...».⁶

El abismo es la densa negrura y una interminable caída hacia la sima pero también, en un rincón, la gruta donde está lo más diabólico cerrado y sellado. La valla construida con tablones de madera nos protege de este abismo. En una carta de 1926, Gershom Scholem señala a su amigo Franz Rosenzweig los abismos inherentes a la propia lengua, y escribe lo siguiente: «Es en el nombre donde está sepultada la potencia del lenguaje, en él está sellado el abismo que encierra». Scholem se refiere a los nombres sagrados—a los nombres de Dios—, y su reflexión—continuada por Derrida en *Les yeux de la langue*—⁷ versa sobre la secularización de la lengua hebrea. Para seguir bien el asunto, se han de tener en cuenta unas magníficas páginas de *La estrella de la redención* en las que Rosenzweig hablaba de la lengua sagrada del pueblo judío como diferenciada de la lengua de los otros pueblos.

Sobre la riqueza de tales consideraciones no cabe duda. Ahora bien, mi reflexión sobre el nombre propio ni las sigue ni se aviene con ellas, y sí en cambio sintoniza con Agamben cuando argumenta que la cuestión del nombre de Dios es una expresión del *sacramento del lenguaje*.⁸ Mientras Rosenzweig subraya la especificidad de la lengua hebrea como lengua sagrada, Agamben subraya la sacralidad del lenguaje humano. Y muestra que el juramento es la expresión de esta sacralidad, es decir, la expresión del compromiso que funda lo humano mismo. Según él, que el monoteísmo dé tanta importancia a no tomar el nombre de Dios en vano es precisamente consecuencia del juramento del lenguaje, *y no al revés*. Creo que tiene toda la razón. *Sin embargo*, junto a la importancia que Agamben continúa dando al nombre de Dios, considero

imprescindible seguir el rastro, tal vez menos altisonante, pero igual de prometedor, del nombre propio.

De modo que, si volvemos a la imagen poderosa del nombre que sella, añadiría que lo que está en juego no es sólo el nombre de Dios, y menos aún la lengua hebrea. Y que el abismo no está en la lengua. Casi al contrario, la lengua y, sobre todo, los nombres, son las cuerdas blancas que nos separan del abismo. Pero no los nombres sagrados de Dios, sino los *nombres propios*: Ana y María, Andrés y Juan. Sin estos nombres, portadores de la desnuda dignidad de los rostros que los merecen, no sólo el mundo se convertiría en un escenario fantasmagórico, sino que este escenario quedaría tragado por el abismo que está detrás. No hay que pronunciar el nombre de Dios en vano, pero tampoco hay que decir el nombre de Ana en vano. Hacerlo es faltar al juramento que subyace en el nombre. Un juramento que es él mismo una respuesta. La ignominia es perjurio e infidelidad.

Cada vez que, con tacto, pronunciamos un nombre propio, renovamos el sacramento del lenguaje, y sellamos silenciosamente el abismo más abismal.

EL NOMBRE, PARA TODA LA VIDA

Quien tiene nombre es centro: no requiere ni orden ni clasificación, sino orientación. No le conviene ser incluido en listado alguno, sino ser ayudado a orientarse hacia un horizonte. Por eso lo que necesitamos no son etiquetas clasificatorias, sino hitos en el camino. Dicho de otro modo, no necesitamos que se nos pretenda explicar, sino que se nos haga compañía.

Si deshiláramos la cuerda blanca que es el nombre, tendríamos toda una vida. Deshilar el nombre es explicar una historia, una vida, una biografía. El nombre propio recoge el pasado personal y anticipa el futuro. Mi nombre me precede; ya estaba para que yo, poco a poco y sin apenas darme cuenta, me fuera sujetando a él. Todo cambia y yo también. Me hago mayor, y soy y no soy el mismo que era. Sin embargo, el nombre permanece; guarda una especie de fidelidad a mi misterio y es la señal de la continuidad en el cambio.

La vida es una parábola de los inicios. Empiezo una y otra vez. Y, cada vez que oigo mi nombre, es como si se me llamara a la presencia, es decir, a comenzar de nuevo por mí mismo. Mis padres acompañaron mi primer inicio. Ahora ya hace mucho que hablo, es decir, que respondo a las continuas